

LA VILLA DE LAS LUCES

Por Yoselín Carrizales Díaz

Salgo corriendo de mi casa detrás de mi pequeña mascota, una perrita color negro a la que le encanta jugar y salir disparada a toda velocidad en el momento en que abro la puerta. El aire frío choca contra mi nariz y siento cómo se va enfriando al punto en que ni siquiera la siento; en ese momento me detengo a respirar colocándome mi bufanda roja sobre mi nariz, y es cuando mi mascota se detiene y me mira y puedo jurar que con su pequeña cara pregunta por qué me detuve. Seguro pensaba que estábamos jugando, pero, siendo sinceros, antes de que mi nariz se congelara, podría considerar esto un juego entre ella y yo.

—Vamos, Coss, tenemos que comprar regalos para Navidad —jadeo de lo agitada que estoy y le pongo la correa a la responsable de mi nariz congelada.

Navidad era mi festividad favorita del año, antes de que el accidente sucediera. Aun así, siempre he creído que esta época es de las más hermosas, porque te rodeas de las personas que más amas y siempre hay comida de la más deliciosa, sin olvidar las hermosas canciones que en ocasiones me han hecho llorar.

Vivo en un pequeño pueblo donde entre todos los vecinos celebran a lo grande y juntos, llenamos las calles de luces y música y son semanas de celebración.

Me detengo frente al mirador ya que Cossett no quiere avanzar, la vista es increíble, las montañas están llenas de nieve en la punta, y aunque la neblina tape la mayoría del paisaje, se aprecian las luces de la ciudad a lo lejos y un pequeño rayo de sol que se ve que da batalla por salir.

—Coss, debemos avanzar, si no, llegaremos tarde —trato de moverla con la correa, pero simplemente no se mueve—. Está bien, pequeña, ¿por qué no quieres avanzar?

Se escucha a lo lejos una rama crujiendo y segundos después estamos cayendo por el mirador. La caída no es rápida, sino, más bien, es como en cámara lenta y cuando miro a mi alrededor, ya no estoy cayendo por el mirador, ahora me envuelven rayos de colores navideños que hacen que la caída al suelo no sea dolorosa. Mi

primer impulso al sentir el sueño es buscar a Coss; cuando la localizo, puedo ver en su cara una sonrisa y ojos que reflejan felicidad.

—¿Por qué estás sonriendo tanto, Coss? ¡Acabamos de caer al vacío! —exclamo con mucha sorpresa en mi voz.

—La Villa de las Luces es todo menos el vacío, Cordelia —me volteo aún en suelo asustada por la voz.

—¿Quién eres tú? —mi voz sale como un grito.

—Hola, Cordelia, soy Logan, y hoy seré tu guía a La Villa de las Luces —se presenta un hombre de cabello rizado que trae en su mano un globo de luces—. Ya que llamaste a la Villa, te daremos un tour, sígueme.

Me levanto del suelo, tomo la correa de Coss y salgo corriendo detrás de él.

—Disculpe, señor Logan, yo no solicité venir aquí —le digo, tratando de ir a su paso rápido.

—Logan está bien, no hace falta el «señor». Y claro que nos llamaste, está registrado —saca un pequeño aparato y se detiene de golpe, lo que ocasiona que yo choque con su espalda, por la velocidad que llevábamos—. Cordelia Jones llamó el día de hoy hace 4 minutos exactos.

Me quedé paralizada por la afirmación, pero más por lo que se encontraba detrás de Logan. Era la Villa de las Luces, llena de colores, de personas, todas con sus mascotas en mano, charlando y divirtiéndose en aquellos juegos que se encontraban a lo largo de la villa, era un lugar mágico donde podías sentir la alegría y paz del lugar. En lo alto había un letrero en rojo con las palabras «Luces de tu corazón para Navidad».

—Puedes soltar a Cosset, ella no se perderá y podrá disfrutar de su Navidad aquí —dijo Logan sacándome de mi impacto por la Villa. Veo en los ojos de Coss la súplica para que lo haga, así que, un poco dudosa, le hago caso a Logan y la dejo libre.

—¿Por qué se esconden aquí?, ¿desde cuándo existe esta Villa?, ¿es real o me lo estoy imaginando todo? —una vez que mi mascota sale corriendo empieza a salir la lluvia de preguntas por mi boca, más rápido de lo que puedo pensar.

—La Villa de las Luces no se esconde y solo es vota por las personas que quieren un milagro —Logan responde a mis preguntas con cansancio, como si hubiera hecho esto millones de veces y ya está fastidiado de repetirlo una y otra vez.

—¿Un milagro? ¿Yo necesito un milagro?, ¿por eso estoy aquí?, ¿por un milagro? El milagro de volverla a ver, tal vez, pero no creo que sea posible.

—Es posible —¡oh, no!, tal vez escuchó mis pensamientos—. Y, antes de que lo digas, no, no leí tu mente o algo parecido, sino que cuando nos llamas nosotros sabemos el motivo y, aunque suene imposible, aquí en la Villa de las Luces los milagros se cumplen. Sígueme y lo verás.

Al llegar a un mirador, observo las auroras de colores rosas, morados y azules, se ven impresionantes, tanto que me quedo sin aliento de la emoción por presenciarlas; y en el segundo en el que vuelvo a respirar, Logan ha desaparecido y decido enfocarme en el aroma que me llega, igual al perfume que mi madre solía utilizar, cierro los ojos para poder disfrutarlo y en el fondo se escucha la risa que podría reconocer a kilómetros, la risa de mamá, y tal vez ese era mi milagro navideño, escucharla una vez más. Mi nariz se siente congelada, pero en cuanto veo su reflejo en el cielo, se empieza a calentar, porque no importa que mi mamá esté lejos, siempre será la que me dé calor y amor. La que me brinda la felicidad en Navidad.